

venganza que le movia; con lo cual cayó en mayor descrédito del que le podian suscitar las impugnaciones de Antonio Varas. Creo que Vd. me entienda; y, entre tanto, viva feliz, y seguro de que su censura y venganza rátera, lejos de disgustarme, me ha dado ocasion para divertirme á su costa más de dos ratos con cuatro amigos. Adios, señor catedrático, y mande á su atento servidor. — JUAN PABLO FORNER. — Sr. D. Ignacio Lopez de Ayala.

EXEQUIAS  
DE LA  
LENGUA CASTELLANA.

SÁTIRA MENIPEA,

POR EL LICENCIADO  
DON PABLO IGNOCAUSTO (1).

ORACION FÚNEBRE.

Cuando se representa en mi imaginacion la grandeza que llegó la lengua de mi patria en su mejor edad, y veo el miserable y lamentable estado á que la han reducido la vana inconsideracion, la barbarie y la ignorancia temeraria y audaz de los escritores de estos últimos tiempos; trocado el impulso de los afectos que deben conducirme en la presente coyuntura, dejándome llevar, ántes que de la lástima, del enojo, mudaría las cláusulas del panegrico en las de la sátira, y arrebatado involuntariamente, prorrumpiría en expresiones no del todo dignas del decoro de los que me escuchan, pero muy correspondientes al furioso atrevimiento de los corruptores. El ardor, la vehemencia, la contencion del espíritu, las sentencias vivas y penetrantes, serian la única materia de mis locuciones, consagradas esta vez á vengar á la patria de sus mismos patricios, por que en fin no han sido los vándalos, los godos, ni los árabes los que en esta ocasion han hecho guerra á la elocuencia de España, oscureciéndola con el bárbaro idioma de sus países. Los españoles, los mismos españoles, la han perseguido y aniquilado traidoramente. De ellos ha recibido su lengua una injuria que no recibió jamás de las naciones más rudas y feroces. Pero las circunstancias me obligan á mudar de estilo.

Levantemos un monumento á la inmortalidad de esta lengua, ya que la ignorancia no ha permitido que ella sea inmortal; y perpetuemos, cuanto nos sea dable, las excelencias que tuvo en sí, para que la posteridad española cuente entre las grandes hazañas que se atribuyen á este siglo filosófico, la de haberla defraudado

(1) Las varias composiciones poéticas que contiene esta obra inédita de FORNER, y señaladamente la *Sátira contra la literatura chapucera*, su mérito intrínseco y su peculiar carácter, nos han inducido á publicarla en la presente coleccion. El examen, ya crítico, ya doctrinal, ya satírico, de la historia de la lengua y de las letras españolas, formado por un escritor tan competente y acreditado del siglo XVIII, no puede dejar de ser considerado como un monumento del estado literario de nuestra patria en aquellos dias. FORNER, no satisfecho con caracterizar y comparar las épocas principales de esplendor y decadencia, levanta el velo que encubria los vicios literarios de su tiempo, señala con donatiroso desembarazo los autores principales, y á veces juzga sus obras con atinada, si bien áspera, crítica. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán la publicacion de este escrito singular, que derrama tanta luz, así sobre el carácter literario de la segunda mitad del siglo último, como sobre la índole y el ingenio satírico de uno de sus más esclarecidos escritores.

de la magnificencia de su idioma, del mayor y mejor instrumento que conocia la Europa para expresar los pensamientos con majestad, con propiedad, con sencillez, con gala, con donaire y con energía. Si, señores: propiedades son éstas que se hallaban en alto grado en ese cadáver, que yace ya destituido de todas ellas por que no ha habido quien haya sabido sustentarlas, ó por mejor decir, porque una casualidad, felicísima para la España considerada por una parte, ha hecho por otra que los españoles trastornasen todas las ideas del saber, convirtiéndose á imitar á una nacion sabia en aquello en que no debiera ser imitada.

NOTICIA

DEL LICENCIADO PABLO IGNOCAUSTO (FORNER),  
Y RAZON DE LA OBRA, TODO EN UNA PIEZA (2).

El licenciado don Pablo Ignocasto, señor lector, fué un hombre que nació de mujer, á tantos de tal mes, de aquel año famoso en que el sol entró por invierno en el signo de Capricornio, y produjo la tierra gran cantidad de hongos y calabazas. No dicen las historias contemporáneas si su nacimiento fué efecto de aquella fertilidad admirable. Lo que se sabe de cierto es, que al tiempo que él fué dado á luz, lo fueron igualmente infinitas calabazas y hongos, en muchedumbre prodigiosa; y obligado todo el tiempo que vivió á mantenerse de alimentos fútiles y baratos; propagados estos frutos extraordinariamente, hizo de ellos su manjar predilecto, y los devoró en tanta cantidad, que sus amigos creyeron más de una vez que no tanto trataba de comerlos como de extinguirlos.

Los estudios de este grande hombre fueron muy propios de la categoría de un licenciado ambiguo, que abroquelado con un tremendo título de pergamino, escrito en un latin macarrónico y de botica, se servía de él para pasar por sabio entre los idiotas, y se reía fieramente de lo licenciado cuando consultaba sus dudas con Ciceron ó con un tal Horacio, el cual diz que fué un gran coplero allá de tiempos antiguos, y que escribió décimas y ovilejos á tente bonete. Fué cruel socaron el tal Pablo Ignocasto. En los bancos de la universidad se arrellanaba como un padre conscripto, y calado un bonete de media fanega, y bien cerrado el puño á modo de quien se arma de cachetina, voceaba con tal fuerza, que cuantos le oian le calificaban de sapientísimo entre todos los sabios, y más si soltaba la maldita, y comenzaba á chorrear no sé qué algarabía por aquellos labios infatigables, que no parece sino que algun diablo bachiller le inspiraba vocablos espantosos y sutilezas endemoniadas, que no habia quien se las entendiese. A pesar de esto, dicen que no sé en qué ocasion tropezó con unas calabazas. Su mala estrella le condenó desde edad muy temprana á andar siempre á vueltas con ellas, y este primer tropiezo fué como el anuncio del destino á que habia nacido.

Acaso hubo razon justa para no calificarle de inepto. Cuando jóven, entregado al estudio de la jurisprudencia, se encaprichó en que no habia de aprender el arte de embrollar pleitos, y que de las leyes no habia de saber más de lo que dicen las leyes, ayudadas del estudio de las letras humanas y de la buena filosofía. ¡Miren qué talle de letrado! Leía mucho á un tal Bacon; y en el sonido que hace este nombre monstruoso, se puede

(2) FORNER escribió esta especie de prólogo á las *Exequias de la lengua castellana* poco tiempo ántes de su muerte.

echar de ver la calidad del libro y la extravagancia de su estudio. No se le caian de las manos las historias de España, porque decía y porfiaba que en el conocimiento de la historia estriba la interpretacion de las leyes, por cuanto en la noticia de los tiempos antiguos están las semillas de los presentes. De la razon con que él decía esto, yo no puedo dar otra, sino que me parece un grandísimo disparate que para defender ó votar una *tenuta sea* preciso saber si el caballo del *Cid* se llamaba *Babieca*, y si eran tercianas ó cuartanas las que padeció el rey *Enrique el Enfermo*. Lo cierto es que, asido á estas opiniones ridículas, jamas se pudo acabar con él que leyese una hoja siquiera del inmortal *Bartulo*, llegando á tanto extremo en esta manía, que cuando alguna vez le forzaban á que devorase algunas líneas, se tapaba las narices, y ponía la mano en el estómago, como para confortarle y evitar la náusea; y en razon de estos escritores decía ser recia cosa que para hallar un grano de trigo quisiesen obligar á un cristiano á que escarbase todo un muladar. Sobre todo, estaba á matar con ciertos autores regnicolas (él los llamaba rancolacos) que habiéndose propuesto interpretar las leyes de España, escritas en buen romance, las deslucieron en un latin macarrónico, para estropear la lengua de los *Secolas*, *Celsos* y *Papinianos*; y solía, no sin chiste, llamar á aquellos autorazos, *moriscos de la jurisprudencia*, porque, sobre haber querido acomodar á las leyes de España los dogmas de los juriconsultos gentiles, mal aplicados por los cristianos del siglo decimocuarto, gastaban tal algarabía de frases, que sólo los podria entender quien fuese tan morisco como ellos. Yo refiero lo que él pensaba, por no faltar á las puntualidades de historiador exactísimo. Si tenía ó no razon en ello, no es de mi incumbencia ventilarlo y determinarlo....

Después de la historia, con todos sus adinículos y zandajas de crítica, cronología, política, y no sé qué otras fruslerías de este jaez, daba el primer lugar á la filosofía para la interpretacion de las leyes, y en esto se ve tambien la extravagancia de sus opiniones. Los amigos trabajaron infatigablemente en apartarle de este estudio fútil y peligroso, poniéndole por delante la infamia y los silbos con que suelen ser cencerreados *Socrates*, *Platon*, *Zenon*, *Ciceron*, *Senecca*, *Vives*, *Gasendo* y la demas turba de esta familia estrafalaria, que quieren medir como con compas el entendimiento de los hombres, y nivelar su voluntad á la plomada de sus imaginaciones fantásticas. «Venid acá, pecador de mi, le solía yo decir una que otra vez, ¿en qué estudio de letrado habeis visto á *Platon*, á *Senecca* ni á *Ciceron*? Pues creer que los letrados ignoran lo que conviene al buen despacho de los negocios sería majadería tremenda, porque ellos tienen bien atestados sus estantes con abundancia formidable de volúmenes de á dos en carga, y no hay botica así provista de botes, redomas, emulsorios y cajoncitos embutidos de ponzoñas y materiales de espantable nomenclatura, como lo están las paredes de un estudio de letrado con autores de nombres enrevesados y apellidos diabescos, que manifiestan desde luego la portada de las doctrinas que atesoran. ¡Cuál letrado ha dicho hasta ahora que se necesita un escrúpulo de *Ciceron*, ni media dragma de *Senecca*, ni dos cuartos de emplasto de *Gasendo* para curar la hidropesía de un pleito, ó para aplicar una vizma á un litigante condenado en costas, dolencia más fatal que si rodara una escalera y se hiciese una fractura en la rabadilla? Para estos males, y otros infinitos que abundan en el foro, tienen ellos los polvos de la *opinion comun*, las hojas de *Cepola* y *Macardo*, el espíritu de la sofisteria,

y sobre todo, untos admirables, que saben aplicar con oportunidad. Y si no, decidme: *Ciceron* ¿en qué parte trata de las *excepciones dilatorias*, tan necesarias para que un pleito, que no debia durar más que veinte dias, dure diez años, que es la obra caudística de mayor habilidad, lucro y lucimiento? *Senecca* ¿dónde enseña la materia de los *cinco recursos*, ni siquiera lo de *foro competentí*? *Platon* ¿dictó jamas un modelo de *demandá de excepcion* ó de interrogatorio, con todos los ápices, requisitos y puntualidades abstrusas y profundas que requieren estas grandes operaciones forenses? Usted, señor mio, estudió su *Goudin* como Dios le dió á entender, el primer curso que fué á la universidad, y estudiándole así, cumplió con el estatuto, y ésta es la filosofía que se pide, y lo demas son gullerías de apetito relajado y goloso, y es querer singularizarse por caminos no hollados de nadie. Todo esto le decía yo, abrasado en celo de amistad, y solícito por el crédito de mi amigo; pero, sí, á buena parte llegaba. Cerrado de campiña en la imperitencia de su error, se me subia allá por esas filosofías de Dios, en discursos tan incomprensibles para mí, que era menester darle la razon y dejarle en paz con su tema. Sólo, sí, le vi hacer diferencia entre filosofías y filosofías, y condenar y abominar unas, y estimar y venerar otras. A la que condenaba, llamaba corrupcion del entendimiento, y á la que aprobaba, arte de perfeccionar al hombre solo ó en sociedad; y como creía que este mismísimo es el ministerio de las leyes, infería allá, en sus consecuencias extravagantes, que no hará buenas leyes, ni aplicará bien las ya hechas, quien no sepa el arte de perfeccionar al hombre, ya solo, ya en la union ó congregacion civil.

Mas no paró aquí su locura. No se contentó con adulterar el estudio de la jurisprudencia, acompañándole con la historia, sino que se echó de brazos sobre la elocuencia y la poesia, y dió en el último disparate de afirmar que sin la práctica de la una y sin la especulacion de la otra, cuanto escriban y hablen los hombres de letras se distinguirá muy poco de los vulgares y comunes discursos. Jamas se habrá oído delirio más gracioso. Sin embargo, yo no sé cómo él lo componia, que al parecer probaba la cosa y la metía por los ojos. Decía que la elocuencia viene á ser así á la manera del guiso en la comida, y que la poesia era el último punto de sazón en las cocinas del ingenio. Decía tambien que esto que se llama belleza no se halla sólo en las mujeres, sino que en esta parte tienen tambien los libros y los razonamientos sus accidentes de *bello sexo* (*Garcilaso sea sordo*); y añadía que esta belleza de los razonamientos y de los libros era parto legítimo y natural de las señoras Elocuencia y Poesía. Pero valga la verdad; ¿no es esto, en substancia, afeminar las ciencias y hacerlas remilgadas y zalamerías? Además querria yo se me dijese qué tienen que ver las coplas con una demanda de esponsales; qué conexon puede haber entre la figura sinédoque y otras tales, y la revision de un testamento *in scriptis*....

Pero entre una gran parte de letrados famosos que fatigan los estantes de las bibliotecas jurídicas, ¿cuál de ellos se ha acordado? ¿qué es acordarse? ¿cuál de ellos no ha hecho estudio formal de enemistar sus cláusulas con la elocuencia? ¿No aparece en todos ellos aquella respetable horridéz, aquella robusta suciedad, aquella tosqueda greñuda, aquella borra ensortijada, que manifiesta desde luego la fortaleza y masculinidad del discurso? Y no hay que decir que esto lo han hecho por ahí algunos letradillos de guardilla, que pillan seis reales en una pasantía, y van á medias con el procu-

rador que les engancha tal cual penitente. Los oráculos del foro, los hierofantas de estos altísimos misterios, han dado sus respuestas en este tan sucio y desaliado estilo.

Pero lo que hay de cierto es, que, con extravagancia ó sin ella, nuestro licenciado así amasaba una alegación causídica, como hacia un soneto ó una canción, y tanto forjaba una *diatriba* filosófica, como empuñaba la clava crítica y aporreaba á diestro y siniestro á cuantos espantajos literarios se le ponían por delante; y de la misma suerte templaba el estilo al tono de los números declamatorios que á los puntos de la solfa poética; pero sin poner en esto más mérito que el de obedecer á su inclinación, materialmente antojadiza, bulliciosa y amiga de variar los intentos y las ocupaciones. ¿Qué podría resultar de esto, sino que los letrados de mazacote le abominasen, y los eruditos pelones le royese las frases y las noticias y el ingenio? Aquéllos decían, arugando la frente y frunciendo el hocico con desden ceñido y despreciador, que por darse á los estudios fútiles, tales como la filosofía, la historia, las antigüedades nacionales, la crítica y la elocuencia, desconocía la solidez magistral de su profesión, en que tan grandes y maravillosos progresos hicieron los famosos intérpretes que explicaron las leyes sin filosofía, sin historia, sin antigüedades, sin crítica y sin otras pataratas de este jaez; y los otros se desgañaban en los cafés y en las tertulias, que á buena hora trataba de entremeterse en el país del buen gusto un literato mostrenco, criado entre las telarañas de la universidad. Es verdad que él respondía á unos y á otros alegando ejemplos notables, que en la apariencia justificaban de algún modo su conducta. Pero ¿qué disparate hay, por descomunal que sea, que no haya caído en gracia á alguno de los innumerables mentecatos que pueblan la región de la sabiduría? Por ejemplo, él citaba en su abono á *Alciato*, á *Cujacio*, á los hermanos *Gobias*, á *Bernabé Brisorio*, á *Antonio Agustín*, á *Benedicto XIV*, á *Ramos del Manzano*, á *don Nicolás Antonio*, á *don Diego de Saavedra*, y otra lechigada de hombres oscuros, que fueron á un mismo tiempo letrados insignes, según él decía, y exquisitísimos en la doctrina, en el estilo y en el ingenio, grandes políticos, críticos atinados, elocuentes sobremañera, consumados en la erudición sagrada y profana; aptos, en una palabra, para saber las cosas como es debido, y para expresarlas con propiedad y dignidad. A estos ejemplos añadía otras razones de pie de banco. Decía que en un congreso ó dieta, en que se tratase, por ejemplo, de pacificar la Europa y sostener los derechos de los príncipes, no pueden intervenir sino letrados de consumada erudición y de elocuencia consumada; y una nación donde no haya letrados de esta especie, no sólo hará muy mal papel en tales congresos, sino que por falta de la ciencia conveniente en los que vayan destinados á sostener sus intereses y derechos, se pondrá á riesgo de buscar provecho y sacar daño. Ahora: estos letrados no se pueden fabricar en los talleres de la Rabuñería; y tan imposible es que todos los pragmáticos juntos, alambicados por cien resortes, den un *Antonio Agustín*, un *Bernabé Brisorio* ó un *Benedicto XIV*, como el extraer espíritu de rosas de un cardo; y á este propósito citaba casos muy ignominiosos.

Por lo que toca á los eruditos mundos, y políticos motilonos, cuya esencia se cifra en materias vagas y cuatro aforismos mascullados en la cartilla de *Maquiavelo*, afirmaba que, por el estilo contrario, eran no menos ineptos que los rábula, porque no hay ni puede haber nación cuyo edificio civil no cargue sobre sus leyes funda-

mentales, en las cuales consiste la solidez de sus intereses internos y externos; y á esto llamaba el *Caton de la Política*, y clamaba como un poseído que sin el estudio profundo y bien dirigido de este *caton*, no habrá hombre público que acierte á promover la prosperidad del Estado, ya aplicando las leyes en los negocios internos, ya negociando en el conflicto de intereses con que las naciones se amagan unas á otras. Boberías, hojarasca, todo bambolla y cháchara de literato de nueva fábrica. Lo que se ha visto evidentiísimamente es, que España caminó á paso largo al mayor punto de grandeza y prosperidad, desde que la legislación y la política se empezaron á estudiar en *Antonio Gomez*, *Suñer*, *Górra*, *Escocio*, *Menochio*, *Farinacio*, *Morla*, *Marañón* y *Julio Capon*. Y es positivo, y fuera de toda duda, que el señor *Cocorrubias* hubiera sido mucho mayor jurisperito, si hubiese ignorado la lengua griega, si hubiese barbarizado un poco más en la latina, si hubiese desechado de todo punto el estudio crítico, admitiendo y tragándose las patrañas de todo calibre, y por último, si ya que adoptó en parte el estilo pragmático, no le hubiese violado y corrompido á cada paso con erudiciones y alifios sutiles, contagio que se le pegó en las aulas del *Comendador griego* (1), pedante impertinentísimo entre los más impertinentes.

Bien se deja entender que un hombre embutido de opiniones tan insustanciales, y dotado, por otra parte, de un genio firme, resuelto, inflexible, incapaz de desmentirse, había de tropezar forzosamente con tal cual pesadumbre en la comunicación necesaria de la vida civil. Y en efecto, tuvo algunas y no flojas. Mas no conviene disimular que él llamó sobre sí estas persecuciones, por el uso ménos prudente que hizo de una cierta franqueza y veracidad, á que irresistiblemente le arrastraba su natural. Jamás se le pudo reducir á que no llamase mal poeta á un mal poeta, crítico desatinado á un desatinado crítico, y sofista perverso á un perverso sofista, *et sic de reliquis*. Cuando éstos añadian el orgullo y la vanidad á la miseria de sus coplillas, de sus críticas, de sus sofisterías, aullaba nuestro hombre, montaba en cólera, y arrebatando papel y pluma, escribórotaba sus sentimientos lisos y llanos, como se los inspiraba el diablo de su indignación, y sin reparar en barras, ni acordarse de que sus cascos no eran de bronce, echaba á volar sus papeles crítico-rabiosos, y caiga el que cayere. Ya se ve: era preciso que fuese él el caído, aunque no fuera sino porque tenía razón. ¿Qué! ¿es poca necesidad ésta de entrase de rondón á limpiar el establo de la literatura un licenciado á secas, falto de protección y de campanillas, sin reparar en las coces, mordiscos y topetadas que le podían regalar los inquilinos de tal establo? Fuera de que, yo he oído decir á los mismos interesados que era intolerable la majadería del hombre encaprichado en ser azota-tontos, como si el verdadero tonto no lo fuera él; porque, hablemos con puridad: de todo lo que va dicho en esta puntual historia, se recoge hártó claramente que sus opiniones y estudios eran rematadamente ridículos y estrafalarios; y como él media la ciencia ajena por la vara de sus principios, había de resultar, por necesidad, lo contrario de lo que él pensaba y juzgaba; así es que cuando afirmaba que un letrado debe ser filósofo, orador, crítico y humanista, pronunciaba una badajada estupenda, y los letrados que no saben filosofía, crítica,

(1) Fernán Nuñez de Guzman, llamado *El Comendador griego* y también *Fernán Nuñez Pinciano*. Es el célebre glosador de las obras de Juan de Mena, y autor, además, de una obra titulada *Refranes y proverbios glosados*. (Nota del Colector.)

ni humanidades, hacían muy bien en acoocerle. Cuando gritaba que los versos frios, prosáicos, insulsos, ó bien los hinchados, hidrópicos y mentecatos no pertenecían á la poesía, vomitaba un desatino insufrible, y así hacían muy bien los poetas frios, insulsos, hidrópicos y mentecatos en acusarle para exterminar bestia tan dañina, que quería por su antojo obligar á los poetas á tener juicio y meter los letrados en la prensa de la crítica y de la oratoria.

Él, pues, se tuvo la culpa de sus pesadumbres, ó por mejor decir, fué fatalidad á que le guió la invencible fuerza de su estrella, si es que las estrellas tienen fuerza. Sirvale de disculpa, ya que no de alabanza, que en los últimos años reconoció su insensatez, y á modo de Don Quijote, cobró el juicio y dejó en paz á los malandrines. Desde entonces quedó como un mar en leche la república de la literatura grotesca, y ni él se acordó de nadie, ni nadie de él. Empero (es terminillo oratorio), ¿quién lo creyera? á pesar de sus extravagancias, opiniones y absurdos, logró protectores, y grandes y sabios y poderosos protectores. Yo le vi en un tris, más de dos veces, de arribar á cumbres muy empinadas, y le vi, por fin, salir triunfante de entre el torbellino de sus persecuciones. Pero todo desapareció luego que puso el pié en el zaguán de la prosperidad. Murió para la literatura en lo más floreciente de sus años. Téngale Dios en su santa gloria. Debió la protección á su modestia y á la aplicación infatigable de su estudio. Era hidrópico de libros, rara vez se le veía sino leyendo ó escribiendo, y no por eso hacia grande caudal de sus letras, conociendo que aunque su aplicación era intensa, no respondía el campo al cultivo; y acaso, por lo mismo que no desconocía la vanidad, le ofendía extraordinariamente en los mentecatos. Habiéndole yo merecido la confianza de dejarme por legatario de sus papeles, hallé en ellos muchedumbre increíble de escritos ya formados y de materiales para otros que meditaba; pero en todos, generalmente, estampado el carácter de su genialidad. Se distrajo á todos los asuntos imaginables; trató la jurisprudencia como filósofo, la filosofía como humanista y como político, y las humanidades como filósofo y como letrado.

Las obras pertenecientes á la crítica son infinitas, y á esta clase corresponde la presente, que es de las más insulsas. Su argumento es pueril y digno de un dómine. Se propuso en él manifestar las fuentes del buen gusto en el uso de la lengua castellana, declarando la guerra á sus corruptores antiguos y modernos; porque estaba imbuido de aquel error descomunal, de que ya hemos hablado, á saber: que sin la elocuencia no hay belleza en lo que se habla ni en lo que se escribe. Dió en la necesidad de opinar que nunca una nación arribará á poseer las ciencias en su verdadero punto y sazón, si sus profesores no aprenden á pensar y hablar como conviene á cada cosa. Echará de ver el lector que para dar algún colorido de probabilidad á un despropósito de tanto bullo, bien era menester poner en movimiento todas las máquinas del ingenio y de la doctrina; fecundo aquél en sofisterías, y traída ésta por las greñas en abono de las sofisterías mismas; y ve aquí la cifra, el compendio, el epilogo, la abreviatura de lo que en luengas páginas y diálogos exorbitantes contiene esta obra que escribí (pienso que aún muy jóven) con el título de *Funerál de la Lengua castellana*. En ella investiga las causas y orígenes del que él llama mal gusto en la *literatura española*; hace alarde y rescña de los escritores más famosos que han cultivado ó han pervertido nuestra lengua; descubre las raíces del mal, mete la tintera en la llaga

corta y trinchada desapiadadamente, y nada escapa de su pluma, sin elogio si lo cree bueno, y sin rechifla si lo cree malo. El argumento ya se ve que es harto despreciable, porque en efecto, si es cierto lo que afirman algunos, ninguna nación debe escribir en su lengua sino coplas y gacetas, y lo demás todo en latín, en beneficio de la instrucción pública. Si pues, según esta preciosísima opinión, el cultivo de la lengua nativa debe sólo pertenecer á los ciegos y á los gaceteros, claro está que *Pablo Ignocasto* disparó inútilmente su pólvora, y ciertamente los doctores tabacosos no dejarán de pensarlo así, y yo ya me prometo de su mucha prudencia que, sin hacer caso de bachillerías de este más que bachiller, continuarán intrépidamente manteniéndose en la loable costumbre de despreciar la elocuencia, las buenas letras y el buen gusto en el ejercicio de aquellas graves profesiones que dan honra y dinero, sin necesidad de perfilarlas con tantos repulgos y gullerías.

Por lo que toca á la invención de la fábula, el mismo *Ignocasto* dice, en el final de ella, lo que basta para conocer su total demérito. Llamóla *Sátira Menipea*, porque dice que en la Grecia hubo un tal *Menipo*, primer padre de estas invenciones monstruosas, que mezclan la prosa con el verso, y emplean el verso y la prosa en zumbarse de las majaderías humanas, y que un pedante del *Lacio*, llamado *Marco Varrón*, íntimo amigo del charlatan *Tulio*, había escrito también mucho en este estilo; y con esto damos á entender lo bastante el corto mérito que debe tener una obra por patrones tan desatinados. Ya oigo que el lector me dice aquí con ceño hosco y amohinado: «Pues si la obra está tan inicua como la pintas, ¿á qué propósito la imprimes y nos la vendes? ¿Faltan por ventura libros ruines que nos estén chasqueando cada año, cada mes, cada semana, sino que con pleno conocimiento te nos vienen con esa nueva mercancía pestilencial, como si no estuviese ya bien apesadada nuestra literatura? ¿No nos bastan tantas traducciones inicuas, tantas novelas paráliticas, tantos copleros sin poesía, tantos romancistas sin romance, sino que aún nos echas encima la hojarasca de un sueño portentoso, y tan inútil y tan ridículo como muestra su título? ¿*Exequias de la Lengua castellana!*... ¿Quién te ha dicho que ha muerto esta lengua, perverso? Pregúntaselo á C.... á V.... á N.... á F.... á J.... á M.... y al innumerable alfabeto de tanto traductor, zurcidor, remendón y maulero de los que tienen el imperio de nuestra lengua?... En ellos la verás floreciente, fresca, y aún helada si me apuras; la verás á veces convertida en una verdadera energúmena. Pues ¿qué más quieres, bergante! Si nuestros escritores modernos han arribado á la alta empresa de hacer que su lengua hable como poseída y como si tuviera una legión de diablos en el cuerpo, ¿á qué viene esta ridícula invención de fingirla muerta y celebrar su funeral?»

Vuestra merced, señor lector, lo ha tomado muy alto, y aunque no carece de razón en mucho de lo que regaña, no por eso quiero dársela en cuanto á que esta obra no logre aceptación. Los libros pésimos que se publican, ¿se publicarían si no hubiese compradores? Usted crea que en esto de paladares hay mucho en que entender, y que lo que no agrada á unos, se lo tragan otros; y hombre habrá de tan destemplado gusto, que hará ascos (vea usted qué delirio) á un manual de práctica forense, escrito con docta, redundante y desgredada pesadez, y celebrará estas *Exequias*, juzgándolas dignas de durar grabadas en cedro. Y vea usted aquí el motivo que me ha determinado á publicarlas, valgan por lo que valieren. Gócelas, pues, con gusto ó sin él, el